

«¿De nuevo es el amor o es solamente
un deseo de amor? Pienso en mis llagas
y parecen gritar que yo me aleje
de tu morena lámpara.
Y la lluvia se une al pensamiento
de soledad total. Y tibia almohada
con adulos de madre da a mis huesos
calor que niega viajes y caminos.
Pero persiste aún el paso alegre
de tu ser ante mí. Y yo pregunto
¿de nuevo es el amor?»

«Retorno» titula el poeta a esta composición en que se advina un momento emotivo, finamente expresado. Una inquietud que se deshace como un aroma que se desvanece en el aire que pasa.

<https://doi.org/10.29393/At245-171ESDI10171>

ELEGÍAS DEL SUR.

Este poeta, nos expresa su poesía así como la pueden expresar los árboles, las plantas o las aguas que murmuran bajo esos mismos árboles y plantas que se unen a ratos en una especie de comunión de armonías vegetales, para decir cosas que no se saben traducir pero que nos parecen bellas, hondas, graves, dulces y permanentes como las sensaciones que oímos y sentimos y que después nos van repercutiendo en momentos, en ráfagas emotivas, que nos traen siempre algo de lo que el tiempo y la vida va dejando dentro de nosotros.

Los sueños de los poetas tienen, cuando desde su corazón surge un canto y no un jeroglífico, mucho de lo cotidiano, de aquello que nos va cogiendo día a día para aprisionarnos con una obsesión, para embelesarnos con una idea bella, o para causarnos esa inquietud indefinible y pura que nos ronda y nos da la sensación divina de que no es siempre lo material lo que

tiene importancia, sino esas voces eternas que nos vienen desde el tiempo y desde el alma de los hombres que vivieron, soñaron y sufrieron.

Benjamín Velasco Reyes nos trae en su poesía un aire de sinceridad, de emoción profunda, de diafanidad en la expresión. No busca en sus versos expresiones trascendentales sino que canta con esa claridad de los hombres que en realidad sienten en lo más íntimo de su corazón lo que los sueños y la vida van decantando en su espíritu. Su poesía tiene acentos de dulzura y de belleza pura. No ha trasvasiado sus sentimientos a través de la tortura para decir cosas incoherentes, oscuras, alejadas de la vibración cotidiana de la vida, sino que cantan al motivo real y verdadero que lo impulsó a escribir. Copiamos al azar su poema «Regreso» y en él sentimos al poeta que nos comunica su inquietud del momento. Es como la pureza del agua o del viento, que sin artificios nos dan la sensación de un latido vital en su vibrante signo de belleza espontánea.

¿Por qué no viene a verme?

Yo no podría darle lo que entonces
le daba humildemente. Esto es muy triste.

Y está la primavera con sus flores.

Yo quisiera que siempre
estuviera a mi lado como entonces.

Pero no me comprende. Esto es muy triste.

Y está la primavera con sus flores.

La noche de sus ojos
caería en mis ojos como entonces.

¿Por qué no viene a verme? Esto es muy triste.

Y está la primavera con sus flores.

Yo le daría el beso
furtivo que le daba como entonces.
Tal vez busca otro beso. Esto es muy triste.
Y está la primavera con sus flores.

La insistencia en el motivo, da de manera muy simple la sensación de nostalgia y de suave tristeza que invade el alma del poeta. Simplemente, la evocación va haciendo surgir en la presencia viva de la ausente, la huella del amor. De ese algo inmaterial que que no pesa ni gravita en lo externo pero que se alberga en el corazón para decirnos su recóndita congoja.

OLA NOCTURNA.

«Ola Nocturna» ha titulado sus poemas Chela Reyes y en realidad ha tenido un gran acierto al darles este título, pues hay en sus versos un ímpetu de ola que con persistente rumor entona una ardiente canción que adquiere diversos matices pero siempre iluminada por una luz devoradora. Por una sed que anhela satisfacerse, buscando en la pasión y en el arrebató lírico, la manera de desfogar su inquietud intensa.

Me llaman tus ojeras tenebrosas
y tus débiles brazos enredados,
y el cielo me penetra en sus agujas
y el aluminio en su fulgor prestado,
mientras crece en la ruta de los vientos
la lívida semilla de los astros.

Y en el légamo se abre, como un lirio,
en venenosas algas injertado,
tu rostro en un azul desvanecido
y tus ojos dispersos y mojados.
¡Y cómo rueda tu cabeza blanca
sobre el cieno en que yaces derribado!